
EL DESIERTO

Como todos sabemos, la Biblia está llena de ciertos aspectos históricos mezclados con alegorías y simbolismos. Uno de esos simbolismos, que a mí me fascina, es el del desierto y más ampliamente todo el proceso de salida de Egipto, tránsito por el Desierto y llegada a la Tierra Prometida del pueblo de Israel, que conocemos como Éxodo.

T o d o s conocemos la historia que se narra: Moisés, su protagonista, conduciendo al Pueblo de Dios no hace sino seguir la voluntad de Éste .

Pero aquí me quiero detener en los aspectos simbólicos de algunos de los momentos de la historia y acercarlos a las vivencias íntimas que cada uno de nosotros podemos sentir según el momento personal en el que nos encontremos.

LA ESCLAVITUD

Al inicio del relato el Pueblo de Israel se encuentra esclavizado en Egipto. Carece de libertad para decidir sobre su presente y sobre su destino, pero al mismo tiempo, como contrapartida, sabe que si cumple las normas tendrá seguridad. Si trabaja y obedece obtiene seguridad y un poco de alimento. Así no tiene que preocuparse por su mantenimiento, solo tiene que obedecer.

Esta situación, trasladada a la vivencia íntima de una persona, correspondería con la de tantos millones de seres humanos que necesitamos unas directrices claras sobre lo

que tenemos que hacer, pensar o sentir.

Nos encontramos muy apegados a unas formas de hacer las cosas, que suele corresponder con la forma en que nos enseñaron, la forma en la que siempre se ha hecho. No nos planteamos la posibilidad de

estar equivocados ni de actuar, pensar o sentir de otra forma más enriquecedora para nuestra vida.

De este último párrafo la palabra clave sería «apegados». Pero ¿qué es un apego? Según Anthony de Mello en su libro *Una llamada al amor*, el apego se define como «un estado emocional de vinculación compulsiva a una cosa o persona (o idea añadiría yo) *d e t e r m i n a d a*, originado por la creencia de que sin esa cosa o persona (o idea) no se puede ser feliz».

Estamos convencidos de que sin estas cosas, personas o ideas no podemos ser felices y no nos damos cuenta que en muchos casos lo que nos hace es esclavizarnos. Nos limitan a la hora de buscar nuevos horizontes, nuevas preguntas con sus correspondientes respuestas, pero como contrapartida nos sentimos seguros, pues seguimos haciendo, pensando y sintiendo lo de siempre y esto nos da la seguridad de ser como la mayoría y por lo tanto de ser aceptados en el entorno en el que nos movemos. Nos sentimos atados pero seguros.

MOISÉS

En este punto aparece el personaje de



Moisés. Él no se conforma con ese estado de las cosas y quiere cambiarlo. Podríamos identificarlo con nuestra conciencia, nuestra voz interior que nos sugiere que hay algo más y que no nos debemos conformar con lo que conocemos.

Moisés se enfrenta con el faraón, es decir con sus propios apegos, y con su propio pueblo que no se atreve a salir de Egipto y enfrentarse con el desierto.

EL MAR ROJO

Por fin y después de muchas dudas y peripecias el pueblo de Dios abandona Egipto e inicia el camino hacia su libertad y hacia la Tierra Prometida. Lo hace con alegría pero con incertidumbres y con el ejército del faraón pisándole los talones llega a orillas del Mar Rojo, donde se separan las aguas, dejando pasar a los elegidos y ahogando a los perseguidores. Todo esto que acabamos de recordar está lleno de simbolismos.

Una vez que en la persona se enciende una pequeña luz interior que le ilumina la conciencia, cayendo en la cuenta de que puede haber algo más que lo que está acostumbrado a percibir por medio de sus cinco sentidos y, aunque solamente sea en un porcentaje pequeño, se decide a emprender el camino hacia algo mejor. El inicio es ilusionante, se empiezan a ver horizontes y sensaciones hasta ahora desconocidos y, sin embargo, si así lo deseamos siempre podemos volver al estado en donde nos encontrábamos, podemos abandonar lo emprendido y regresar a la seguridad de la vida conocida con sus complicaciones más o menos controladas. Pero, al poco tiempo, nos encontramos con el «Mar Rojo», es decir, un momento de nuestra evolución en el que sabemos que si queremos y tenemos fe en lo que estamos haciendo las

primeras dificultades se van a disipar (el mar se va a separar), pero si decidimos cruzar o dar el salto, a nuestra espalda el mar se va a volver a cerrar y nos va a impedir volver al lugar de origen. Se nos van a mostrar algunas de las maravillas que Dios nos tiene preparadas, pero una vez reconocidas y aceptadas no hay vuelta atrás, nunca podremos regresar al lugar de donde salimos y es más, nuestras seguridades y conceptos anteriores se ahogan al cerrarse las aguas. El paso es decisivo pues como he dicho no hay marcha atrás.

EL DESIERTO

Una vez cruzado el Mar Rojo y dejado en la otra orilla todo cuanto se conocía y daba seguridad, el Pueblo Elegido, es decir, cada uno de nosotros, nos encontramos con un interminable desierto, donde no hay nada, donde todo está por hacer. Nos acompaña Dios, pero no siempre somos capaces de reconocerlo, de escucharlo y de seguir sus



instrucciones para no perdernos y no desfallecer.

En el desierto no hay normas, ni distracciones, ni ruidos. Nos encontramos cada uno a solas con nosotros mismos y es entonces cuando aparece el miedo. Miedo a

no saber si vamos por buen camino, miedo a la soledad, miedo a reconocernos como los únicos responsables de nuestra vida. Miedo al vacío, pues en este estado, en el desierto, no hay ideologías, ni religiones, ni autoridad moral o social, solo existe uno mismo y el enfrentamiento a la dureza del camino, que además nos obliga paso a paso a deshacernos del equipaje con que habíamos empezado y que en el desierto se nos muestra pesado e inútil.

reproducir los viejos hábitos y ritos que, aunque vacíos de contenido y sin ninguna comprensión por nuestra parte, nos dan seguridad.

En este punto, es posible que nos quedemos anclados en esa vuelta a la idolatría o que en un alarde más de fortaleza y valentía, reaparezca nuestra conciencia (Moisés), destruya el ídolo construido y nos anime a seguir caminando por el desierto hacia la Tierra Prometida, a seguir paso a paso



No obstante, y debido a nuestras limitaciones, en momentos de gran desesperación, de falta de confianza en nosotros mismos, de falta de fe en Dios, y aprovechando lo que nosotros entendemos como viejos tesoros del pasado, somos capaces de construir con ellos un nuevo ídolo, un Becerro de Oro. Una imagen palpable de lo que habíamos dejado en el estado de esclavitud. Algo brillante a lo que aferrarnos para pedirle que nos guíe y a lo que tener que obedecer. Algo que nos saque del grandísimo problema que supone depender única y exclusivamente de nuestra responsabilidad, nuestra conciencia y nuestra libertad. En torno a ese ídolo volvemos a

aprendiendo a conocernos y a mirar en nuestro interior donde está todo lo que necesitamos. Con su descubrimiento nos damos cuenta que los equipajes que arrastramos, las mochilas, toda la carga que nos hace más penoso el camino, y nos hunde en la arena del desierto, no sirve sino para eso, para anclarnos y no dejarnos avanzar. Lo único importante está dentro de nosotros y no solo no pesa, sino que nos hace el camino más fácil, conduciéndonos de forma recta a la Tierra Prometida.

Miguel Ángel Reyes
Funcionario
Practicante de Yoga